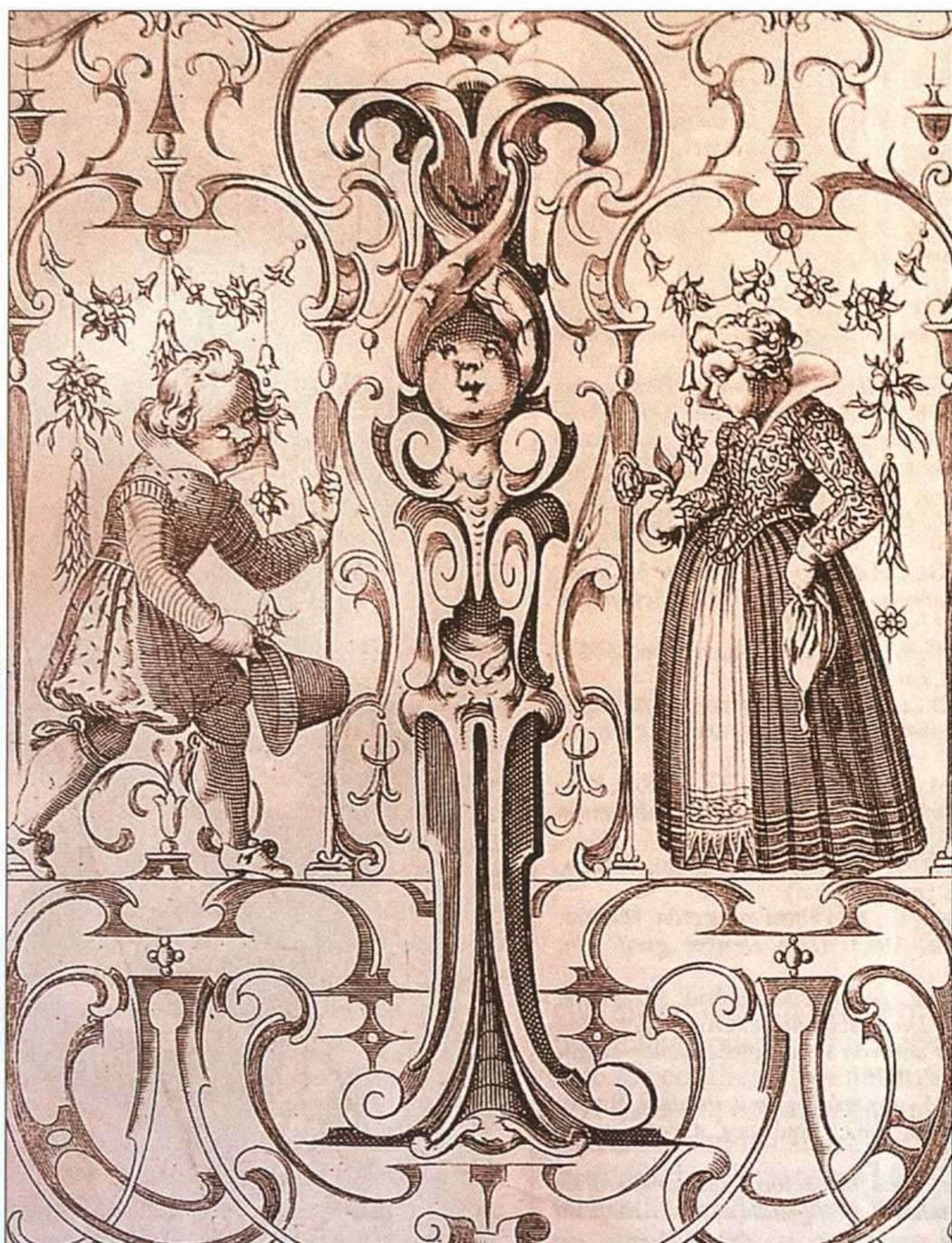


# Los libros, esos campos magnéticos

Metáforas de la lectura V

por Víctor Moreno\*



*Último capítulo de esta serie de Víctor Moreno sobre las metáforas de la lectura, que toma como punto de partida la cita de Italo Calvino en la que compara los buenos libros a los campos magnéticos a cuya atracción no podemos escapar. A partir de ahí, Moreno se refiere a los porqués de la lectura, habla sobre los criterios que se aplican para decidir qué libro es bueno, sobre los gustos e, incluso, sobre las leyes del mercado que pesan también sobre la literatura. Y su conclusión es que lo importante es leer, «porque mientras lo hacemos, nuestras vidas y las de nuestros vecinos no corren peligro».*

«Los buenos libros son siempre campos magnéticos, de cuya atracción no se puede huir» (Italo Calvino, *Si una noche de invierno un viajero*, Barcelona: Brujerna, 1983).

Ignoro qué entendía Calvino por buenos libros, aunque, siguiendo su trayectoria de escritor y de ensayista sería fácil deducirlo, especialmente leyendo sus novelas y su ensayo *Seis propuestas para el próximo milenio*.<sup>1</sup> Pero esto, quizás, sea lo que menos me importe saber. Lo que, de verdad, me interesa es reflexionar acerca de dicha conceptualización metafórica.

## Los porqués de la lectura

Considero que la pregunta no es tonta, ni anodina: ¿dónde radica la bondad de un libro? Convendría, desde luego, no precipitarse en responder a la pregunta. Si se hace en términos generales y un tanto dogmáticos —repárese en el modalizador *siempre* como hace Calvino—, la respuesta sería demasiado fácil. El propio escritor italiano lo sabía: «Es demasiado fácil hacer afirmaciones generales sin ninguna responsabilidad práctica cuando debería ser la tarea más difícil con la que un escritor tuviera que enfrentarse».<sup>2</sup>

En literatura, como en la vida, *lo bueno* no es una categoría autónoma. Suele definirse en oposición a *lo malo*. Existen, es cierto, muchas maneras, algunas sorprendentes, de alabar la bondad de los libros.

Una forma sería hacer hincapié en aquellos elementos que, independientes del lector, hacen que un texto sea considerado canónicamente como bueno; otra, muy distinta, estaría basada en las consecuencias o efectos que, tanto individual como colectivamente, se confieren o se derivan del acto de leer dicho texto. Sobre este particular, es bueno recordar lo que señalaba Nietzsche: «No hay error más peligroso que confundir la consecuencia con la causa: yo lo llamo la auténtica corrupción de la razón. Sin embargo, ese error es uno de los há-



bitos más viejos y más jóvenes de la humanidad».<sup>3</sup>

Si se aplica este *error monumental*, el de confundir o poner al mismo nivel de explicación de un fenómeno las causas y las consecuencias, pueden obtenerse algunas reflexiones. Por ejemplo: cuando se plantea una animación lectora para niños, ¿dónde sería más preciso hacer hincapié, en los porqués o en los para qué de dicha actividad? ¿Dónde hay que situar la importancia del leer, en las causas o en las consecuencias?

Mi sensación es que resulta mucho más fácil hablar de los efectos de la lectura que de las causas. De ahí que las finalidades —suplantadas con lastimosa y excesiva frecuencia por equívocos efectos— se presenten como los auténticos motivos del leer. En ocasiones, el fin no sólo justifica los medios, sino que llega a ser su misma razón práctica.

Poner el acento en los efectos de la lectura evidenciaría una concepción del ser humano lleno de carencias, al que la lectura vendría, en parte, a llenarlas o suplirlas. En este sentido, la lectura se situaría al mismo nivel de consideración

que lo pueda tener cualquiera de las mil y una actividad que realiza el ser humano para, supuestamente, llenar el tan traído y llevado vacío o sin sentido de la vida. Hacemos tal y cual actividad para calmar al ser insatisfecho que llevamos a la espalda. Y, desde esta perspectiva, las respuestas existenciales a la pregunta del para qué leer son muy fáciles de encontrar, y valen tanto para un roto como para un descosido.

Pero, si nos situamos en el plano de los porqués, ya no es tan fácil responder. A mí, al menos, no me vienen tan nítidas las respuestas, si es que las tengo para explicar de modo específico mi afición lectora. Puedo decir que preguntarme por los motivos que me inducen a leer es una cuestión bastante complicada e incómoda, mucho más que hacer animación lectora con adolescentes. Muchos alcohólicos aducen como causa de su inclinación ética algún fracaso, de naturaleza económica, emocional o profesional. Algunos médicos explican la adicción al tabaco aludiendo al aburrimiento en que viven ciertos fumadores. La teoría del fracaso, de la carencia, y, en última instancia, de la insatisfacción vital es muy recurrida para explicarlo casi todo.

Sin embargo, ciertos lectores compulsivos se sentirían molestos, si su afición lectora se explicase en esa línea del fracaso, de la incapacidad de vivir, de la insatisfacción y de la impotencia. A la gente no le gusta que se les recuerde que en la práctica su comportamiento da la razón a R. Lucas, autor indú, quien en su novela *Noches en Mongini's* (Anagrama) sostiene que en esta vida hay cuatro cosas fundamentales —comer, dormir, defecar y hacer el amor—, y que, cuando falla alguna de estas actividades, la gente se dedica al macramé, a la papiroflexia, al coleccionismo, a la metafísica, a una ONG, a la escritura, a la lectura y a todas las *turas* imaginables de la existencia. Cuando se le preguntaba a Woodhouse por qué escribía tanto, el hombre contestaba que así se mantenía alejado de las tabernas, un motivo tan bueno como otro para dedicarse a la literatura.

Otros, más finos, más metafísicos cabría decir, optan por explicaciones más trascendentales y, por tanto, heterónomas, es decir, externas al propio sujeto.



Y así sueltan una melopea explicativa de su afición lectora recurriendo a interesantes porqués: «Porque leer me hace ser más. Porque así vivo otras vidas. Porque me siento acompañado. Porque leer es trascender los horrores de la vida. Porque, al leer, dejo de ser yo mismo». Hasta hay personas que leen para creer en sí mismos, algo realmente horrible, como señalaba con incontenible regocijo Chesterton.<sup>4</sup>

Situamos las grandes motivaciones de la lectura en el nivel de las consecuencias, aunque éstas no se hayan probado científicamente, pero no en los porqués. De todo ello deduzco, como planteamiento, la siguiente hipótesis retórica: ¿el hecho de que los porqués de la lectura no estén lo suficientemente claros, explicaría, en parte, la fragilidad en que se basan la mayoría de las propuestas de motivación lectora? Considérese, además, que preguntarse por estos porqués está en relación directa con nuestra propia concepción de qué sea leer. ¿El hecho de no ahondar en las razones profundas de la lectura, sino en los supuestos efectos de la misma, no será un grave error de perspectiva en el que incurrimos cada vez que abordamos la

motivación lectora? ¿Cómo convencer a un sujeto que lea para pasárselo bien, si ya se lo pasa fenomenal jugando a matar marcianos o viendo televisión o jugando al parchís o dando patadas a un pelotón?

Nos olvidamos fácilmente de que muchos de los efectos que atribuimos a la lectura no son privativos de ésta. En este sentido, tenemos ahí una tarea tan ineludible como apasionante: descubrir los efectos propiamente específicos, exclusivos y excluyentes, de la lectura. Quizás, al reflexionar sobre este último particular, nos acerquemos, también, a descubrir los porqués del leer.

Por lo demás, y si es verdad que se lee porque nos falta algo o porque nuestra vida es insatisfactoria, no deberíamos, en consecuencia, lamentar tanto los índices tan bajos de lectura, puesto que, de acuerdo con nuestra manera de explicar las inclinaciones profundas hacia la lectura, eso revelaría la estupenda salud de quienes no leen. Salud y beatífica felicidad.

Muchas veces, se dice que en el sistema educativo se mitigan los efectos de un fracaso, aplicando a éste una serie de parches, dejando intactas las causas que producen aquél. Todos lamentamos este

tipo de actuaciones, sobre todo, si los parches provienen de la propia Administración. Mucho me temo, sin embargo, que éste sea el habitual procedimiento con el que intentamos *solucionar* la problemática derivada de la falta de apetencia lectora en los jóvenes. Si aplicáramos a nuestra actuación de animadores lectores los porqués que a nosotros nos llevan a leer —digo los porqués, no esa barata charlatanería de los efectos—, estoy convencido de que no se nos caería tanto la baba alabando dicho acto y, además de ser más sinceros y más realistas, acabaríamos por ser mucho más convincentes. Si, en muchas ocasiones, como adultos no sabemos por qué razones o sinrazones profundas leemos, ¿cómo podemos hilvanar un discurso minimamente riguroso sobre la necesidad de leer? ¿Por qué es necesario leer? ¿Acaso porque lo sea para mí, ha de serlo indefectiblemente para los demás?

Como ya es sabido los efectos de la no lectura en el prójimo son terribles, casi como los que producía, *mutatis mutandis*, la masturbación en tiempos del pedagogo Campe. ¿Cómo se atajan las causas que llevan a la no lectura? Pues muchas veces soltando un sermón estupendo acerca de los efectos bondadosos de la misma. Pocas, enfrentándose a los porqués que llevan a unos y a otros a leer o a no leer.

¿Reflexionar acerca de los motivos que nos llevan a coger un libro mejorará nuestros planteamientos de la lectura en su dimensión motivadora? No lo sé. En este terreno mis conocimientos no son pocos: son nulos. Lo mejor es aplicarse el cuento a uno mismo. Y aquí sí puedo decir que pensar sobre estas cuestiones tiene la virtud de rebajar, al menos, la grandilocuencia y vaciedad de mis discursos, más o menos fundamentalistas, acerca de la lectura. Reflexionar con más atención y perspicacia acerca de lo que pertenece específicamente al acto de leer nos puede venir bien a todos. Especialmente, para rebajarnos los humos. Es difícil que, quienes somos lectores compulsivos, no otorguemos a los libros un trato y un *status* de presunción y de arrogancia. Todavía no hemos superado el hecho aborrecible de que sean los medios de comunicación, y en especial la televisión, los que de manera *democrá-*

tica se encarguen de informar/formar al respetable, incluidos nosotros mismos.

### ¿Buenos libros? ¿Cuáles?

Es muy difícil y, quizás, arriesgado llevar la contraria a alguien que te comunica que «libros buenos son aquellos que te obligan a permanecer con la mirada fija en sus páginas». Seguramente es verdad, pero esto significaría, entre otras cosas, que no existen libros buenos *per se*, sino por otras circunstancias que, en principio, se circunscribirían a la presencia de las distintas y muy variables tipologías de subjetividades y cráneos lectores. Y no se deduzca que, cuando digo lectores, sólo pienso en lectores del montón, anónimos y vulgares lectores. También considero a los lectores cualificados, críticos profesionales, ensayistas y profesores de universidad. Perfectamente se puede sostener que las novelas de Marcial Lafuente Estefanía o de Corín Tellado o de Crichton son unos buenos libros —en el sentido magnetizador que señala Calvino— y todo lo contrario. Y mucho más aún: se puede sostener que el *Ulises*, de Joyce, es la obra cumbre, canónica, de este siglo y decir todo lo contrario, o sea, calificarla como una obra pelma, tediosa, sin gancho argumental ni narrativo. Y se trataría en este caso de opiniones mantenidas por estupendos críticos, cuyos nombres vamos a obviar.

Si se repara en la crítica literaria, se observará que una misma obra puede ser catalogada de genial y de mediocre por personas entendidas y letradas, cuya sabiduría literaria es sobresaliente *cum laude*. Y es que justificar la bondad o la mediocridad de los libros se ha convertido en un brillante espectáculo deplorable, en el que, con relativa frecuencia, priman más las afinidades selectivas que los supuestos criterios literarios. El caso de Muñoz Molina que sale con ardor guerrero insólito en defensa de una novela, *La larga marcha*, de su amigo Rafael Chirbes, ante las críticas negativas de Ignacio Echevarría, no es más que la punta patética de este iceberg (*El País*, 9-X-1996).

Bien. El libro es un imán que te atrae y te atrapa. Nada que oponer a la com-



paración. Sólo que el imán paraliza las cosas, las vuelve inertes. Las inmoviliza. Con la belleza sucede algo parecido. No podemos sustraernos a su encanto. Nos paraliza y, en ocasiones, nos anula. Nos aliena. Un libro del que no se puede huir, ¿es recomendable? Sinceramente yo no puedo hablar de ello, pues, primero, jamás me he tropezado con un libro de estas características; y, segundo, siempre he pospuesto la lectura de un libro, aunque fuera de Cervantes o de Shakespeare, si alguien requería mi presencia. Y si no abandoné el libro, lo hice, no porque me mereciera mucho más su lectura, sino porque quien requería mi conversación era un pelma o algún pariente, valga la redundancia.

¿De qué libros se habla, cuando decimos que son tan buenos que no los podemos abandonar? Es una expresión curiosa, porque, en esta vida, todo acaba por abandonarse, incluidas las personas. El hecho de que existan libros a los que se les tiene mucha más consideración que a las personas revela hasta qué grado puede llegar la perversión humana o, algunos dirían, la lucidez. Mi opinión es que las personas son mucho más apasionantes que los libros. La tesis contraria,

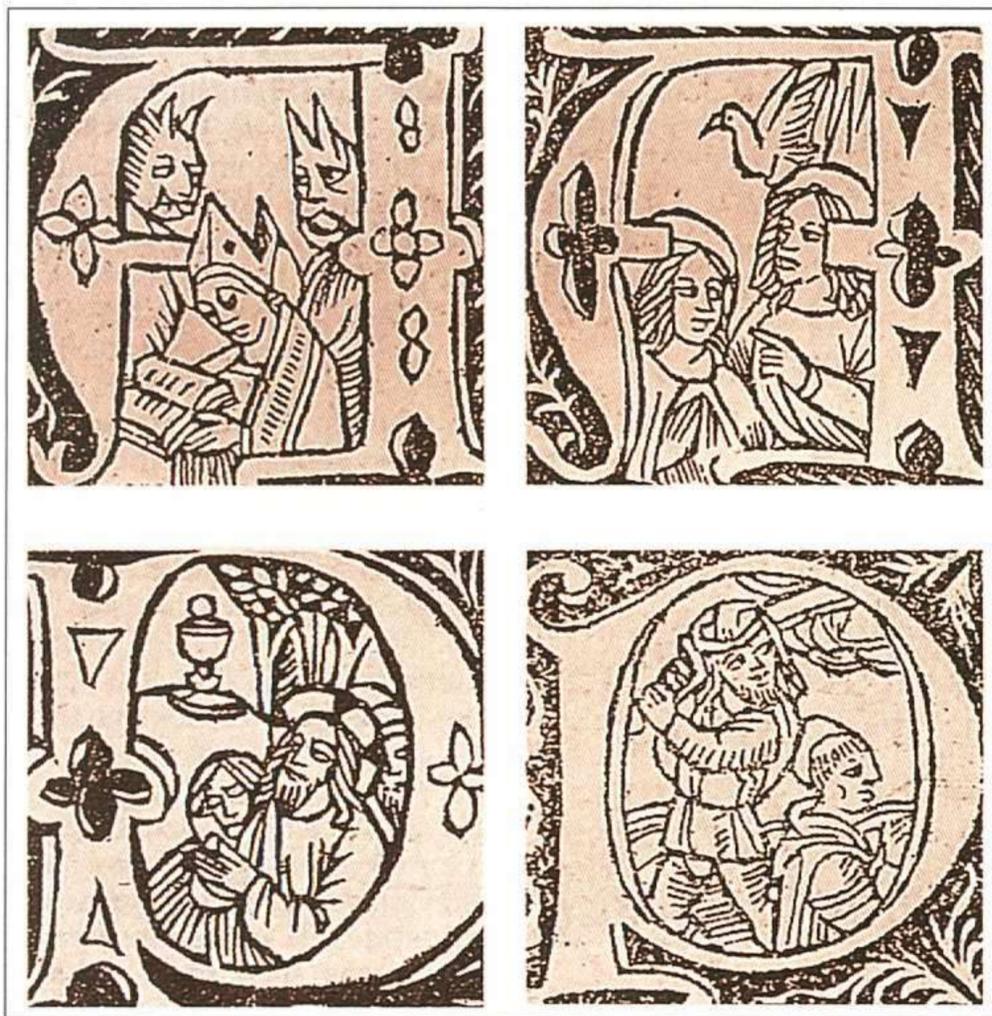
desde Proust, abunda en las páginas literarias y defendida casi siempre por escritores, groseramente misántropos. En la novela *Tala*, de Thomas Bernhard, el narrador se pregunta si no hubiera sido mejor haberse quedado en casa «con mi Gogol, mi Pascal o mi Montaigne en lugar de asistir a aquella invitación artística de los Auersberger». Y el novelista M. Lindon cuenta la historia de un joven que evoca la muerte de su amigo, Jim Valor, junto al Sena, producida por una trivial traición a su íntimo amigo: haber preferido una lectura a su compañía.<sup>6</sup>

Como diría Quevedo, nos hallamos ante sujetos enfermos de *libropesía*. Ahora bien, ¿cuáles son estos libros que, no sólo, se prefieren al contacto de la humanidad, sino que, una vez aterrizados en sus páginas, nos causan hasta dolor desprendernos de ellas?

Pues deben de ser esos libros que algunos escritores dicen que leen todos los años dos y hasta tres veces. Ya. Y apostillo *ya*, porque lo que dicen los escritores, acerca de sus hábitos, sean lectores o venéreos, suele rozar casi siempre la gruesa línea de la estupidez. En lugar de alabar un libro por los supuestos méritos que contiene, lo hacen alabándose a sí mismos. ¿Qué juicio literario se esconde en decir que «este libro me lo he leído tres veces» o «este libro me lo leo yo todos los años»? ¿Tanto tiempo necesita una persona, con los hemisferios cerebrales bien puestos, para leer un libro?

Y libros buenos deben de ser esos libros de los que se dicen cosas tremendas. De un escritor rescato esta confesión: «Buenos libros son aquellos que, al acabar de leerlos, es como abandonar un lugar en el que, a pesar de todo, algo de nosotros se queda allí atrapado para siempre». Menos mal que este escritor es lo suficientemente educado y nos evita la desagradable descripción de esa parte de su cuerpo que se quedó aherrajada en las páginas de libro tan arrebatador. Claro que, posiblemente, lo más interesante de la frase sea ese enigmático «a pesar de todo» que el escritor no se digna concretar en nada.

También se apela a argumentos o imágenes de autoridad, como si aquí sirvieran de algo. En este sentido se recuerda la opinión contundente de Nabokov quien cuenta que, viéndose obli-



gado a asistir a un concierto, fue incapaz de disfrutar de la música pensando en un libro interrumpido que le aguardaba en su cuarto. Un buen libro, se entiende. En este mismo nivel de paralización librerca se encontraría Jules Renard cuando hablaba de su alegría por los libros que aún no había leído. ¿Qué decir? Pues que podríamos seguir proclamando tontería tras tontería y, así, para redondear el cuadro, diríamos que el reverso de eso sería la tristeza por los libros ya leídos y que nunca, ¡snif, snif!, jamás volveremos a leer, ¡ay!

En este campo como en casi todos los relativos a la condición humana, existen otras personas que mantienen la tesis o la metáfora contraria: los libros que más les gustan son los libros que les dan alas; no que los atrapen en sus redes. Pues aducen, siguiendo la línea de pensamiento de Lichtenberg, Schopenhauer y Nietzsche, que los libros que se convierten en campo magnético son fáciles de mudarse en catecismos. No se puede huir de ellos, porque piensan por nosotros o sustituyen la propia reflexión. ¡Y es tan cómodo que piensen por uno!

Además, le añaden un toque psicoanalítico: en la vida, aquello de lo que no se puede huir se convierte en pesadilla, en fantasma, en obsesión. Nos persigue a todas partes. Y nadie —excepto el poeta y el masoquista— desea estar preso de/en alguien. Ni siquiera de los libros. Aunque, a decir verdad, si se exceptúan casos excepcionales como aquel personaje que nos cuenta Ramon Miquel i Planas, cuya dependencia de libros preciosos le llevó a la locura y a asesinar,<sup>7</sup> ¿es real esta dependencia casi enfermiza, magnética, de los libros?

Ignoro si tal enfermedad existe, pero, como nunca está de más hacer obras de misericordia, me atrevería a establecer algunos síntomas, por si el lector de estas líneas desea diagnosticar su patología lectora por sí mismo:

— ¿Lee de forma habitual —en casa, en el baño, en el coche, en el autobús, en soledad o en compañía, donde normalmente se encuentra— y ha intentado dejarlo durante una semana o más, sin conseguirlo?

— ¿Le molestan los consejos que le dan otras personas respecto a su forma

compulsiva de leer y el dinero que gasta en libros?

— ¿Gasta más cantidad que el dinero que ha previsto; emplea más tiempo del pensado e, incluso, ha abandonado ocasionalmente el trabajo para irse a leer o utiliza el tiempo del trabajo para leer sin necesidad de irse a ningún lugar? \*

— A pesar del dinero gastado en libros, ¿vuelve al día siguiente y al otro a las librerías?

— ¿Ha contraído deudas por culpa de la lectura y ha necesitado solicitar créditos o pedir adelantos a cuenta de su nómina?

— ¿Ha llegado a sustraer dinero a su familia con el fin de comprar libros?

— ¿Su economía o la de su entorno está atravesando por dificultades originadas por la lectura?

— ¿Ha sacrificado alguna actividad social, familiar, profesional importante para dedicarse a leer?

— ¿Continúa usted pensando que puede dejar de leer cuando quiera, a pesar de que los hechos le demuestren una y otra vez lo contrario?

— ¿Le están presionando para que deje de leer?

Para que nos hagamos una imagen más ajustada del lector compulsivo y *magnetizado*, reparemos en el nítido espejo de Plinio el Viejo, del que Schopenhauer advertía con sarcasmo: «Cuando leo que Plinio el Viejo leía o hacía que le leyesen continuamente, en la mesa, en los viajes, en el baño, la pregunta que a mí me importa es ésta: ¿pero es que ese hombre tenía una carencia tan total de pensamientos propios que era preciso estar insuflándole sin interrupción pensamientos ajenos?».<sup>8</sup>

## A vueltas con el gusto

Calvino identifica la bondad de un libro con su capacidad para atraparnos en sus redes. Viene a sugerir que el libro que nos gusta es magnético; el que no nos gusta, no lo es. Pero no llegamos a saber muy bien si ello depende del libro, de la configuración meníngea del propio lector, del contexto social-literario, o de todo eso a la vez.

Cuando se enarbola el gusto, como supuesto criterio estético, lo normal es que

uno se quede tan tranquilo y tan a gusto, pensando que ha dado con la gran razón de su apetencia. Pero, gracias a ese rasgo de tranquilidad, uno podría sospechar si quien afirma semejante cosa sabe bien lo que dice. ¿Lo sabe? ¿Importa saberlo?

Dice Torrente Ballester: «La expresión “me gusta” revela un tipo de juicio que excluye el raciocinio. El gusto se educa con experiencias reiteradas: lo saben bien los lectores. El gusto tiende a la invariabilidad. El buen gusto es siempre conservador, que, curiosamente, coincide con el establecido. El buen gusto, como la buena educación, es una rémora».<sup>9</sup> Como son frases contundentes, de ésas que no nos dejan ni respirar, digámoslo de otra manera: ¿no existe nada más dogmático que el gusto? ¿El gusto tiende a la invariabilidad y es ré-

mora? ¿Apelar a él anula cualquier tipo de razonamiento?

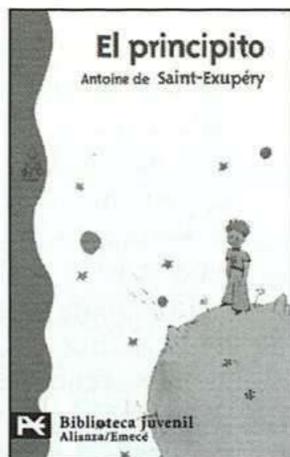
Para que el lector pueda contrarrestar los puntos de vista dogmáticos de Torrente, veamos lo que dice Benet sobre la misma cuestión: «El gusto es independiente de cualquier otra determinación de la conciencia y tanto más determinación de la conciencia y tanto más autónomo es de cualquier compromiso intelectual o moral del individuo, tanto más capaz se demuestra de suministrar lo que de él se solicita [...] Se adquiere gracias a una larga familiaridad con el arte; pero si el hombre adecua su gusto —ese prejuicio independiente de toda lógica— a otros imperativos entre los que ha encerrado su personalidad —sean sus convicciones de cualquier clase, religiosas, políticas o racionales, sean

sus condiciones hereditarias o sea las directrices de sus sentimientos—, hace todo lo que está en su mano para abandonar este mundo sin haberse preocupado por adquirir el instrumento que le podía haber proporcionado el deleite de la obra de arte. El gusto lleva a disfrutar, no a explicar el mundo».<sup>10</sup>

Para complicar un poquito más esta cuestión, Rafael Sánchez Ferlosio sostiene: «Haríamos mal en reputar menos legítimo este segundo tribunal de apelación (el gusto), pues no hay entre el gusto y las razones la discontinuidad que se pretende: los gustos vienen a ser —para decirlo del modo más escandaloso— razones reflexivas e inmediatas; el “no saber por qué” no quita que se trate, al fin y al cabo, de cosas reductibles a porqués [...] yo puedo a mi antojo dictarme o re-

# d e b o l s i l l o e l l i b r o

## Biblioteca juvenil



Antoine de Saint-Exupéry  
*El Principito*

Oscar Wilde  
*El fantasma de Canterville y otros cuentos*

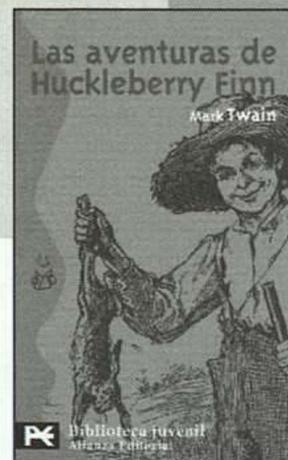
Lewis Carroll  
*Alicia en el País de las Maravillas*  
*Alicia a través del espejo*

Rudyard Kipling  
*El libro de las tierras vírgenes*

Jacob y Wilhelm Grimm  
*Cuentos*

Mark Twain  
*Las aventuras de Tom Sawyer*

*Las aventuras de Huckleberry Finn*



**Alianza Editorial**  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15 • 28027 Madrid

primirme, por medio de razones, gustos determinados, de suerte que resurjan después como resortes espontáneos en la reacciones de mi alma».<sup>11</sup>

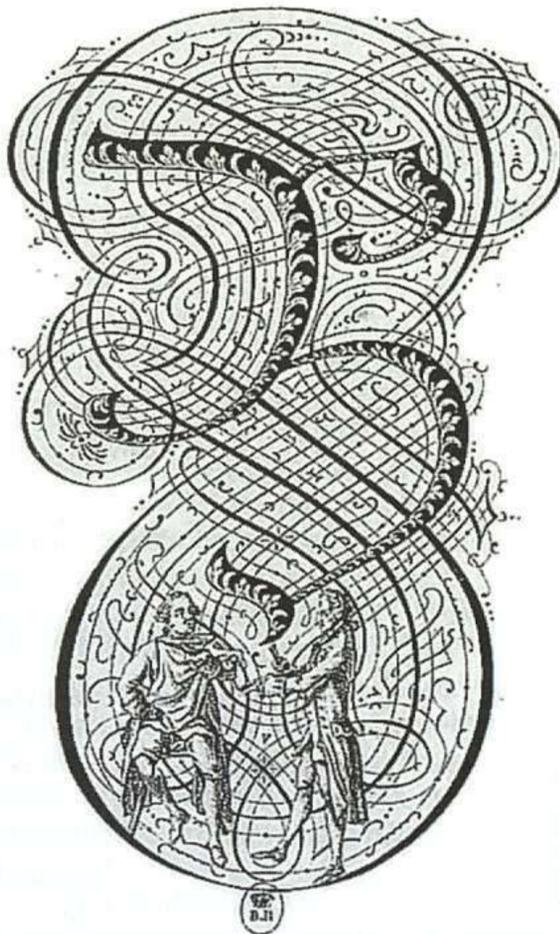
Y añade: «Debería darse a los juicios de valor una importancia en extremo secundaria; el hecho de que ellos sean el instrumento por el cual las razones pasan a ser resortes espontáneos tiene que ver con la absurda situación reinante, en la que se diría que las obras no tienen otro fin que ser juzgadas, otro visible empleo que el de emitir sobre ellas un juicio de valor».<sup>12</sup>

No se amilane el lector ante este aserto de Ferlosio. Si le sirve de consuelo, Constantino Bértolo piensa todo lo contrario: «Leer un libro es juzgarlo. Leer es hacer, continuamente, página a página, juicios de valor».<sup>13</sup>

En mi opinión, decir de una obra que «me gusta o no me gusta» es, ciertamente, un pensamiento tan profundo que no dice nada. ¿O dice algo que nos sirva para la comprensión de la obra degustada? Un culebrón, las perpetraciones novelescas de Vizcaíno Casas —por poner un ejemplo con el que estaremos de acuerdo en lo referente a su altura estética— pueden gustar y de hecho gustan, pero eso no las convierte en obras de arte. Oigo muy bien el reproche: «¡Y a mí qué me importa que sean obras de arte o detritus lingüísticos! ¡A mí me gustan!». Y este reproche sirve de paraguas para todo tipo de personas, cultas y no. Domingo García Sabell, acogiendo al adagio *de gustibus non est disputandum* sostiene que sus gustos son los que son, «y en eso no cabe discusión alguna. Es cosa de gustos, esto es, de sensibilidades».<sup>14</sup> Así que, ¿a callar? ¿Se acabó la discusión?

Decir «me gusta», es algo fundamental para decidir si sigo o termino de leer un libro. Pero ese vislumbre del gusto sólo me sirve a mí y a los otros si al mismo tiempo me pregunto por qué, es decir, si averiguo quién soy cuando algo me gusta. Si averiguo qué estoy diciendo o pensando que algo me gusta. Si no sé qué estoy diciendo, entonces más valdría estar callado, ¿no? Y no se trata, como dice Benet, de «explicar el mundo» —al fin y al cabo, ¿a quién le interesa el mundo en general?—; tampoco, como dice Ferlosio, de juzgar, sino de explicar

el propio gusto, si es que tal cosa es posible. No se trata de decirle a nadie que su gusto es deplorable —aunque, también—, sino de establecer un intercambio más consciente de las propias apetencias. Cuando Vargas Llosa o Cabrera Infante se conmueven ante la ingente obra de Corín Tellado, ¿por qué lo hacen? ¿Por epatar? ¿Porque tienen el gusto trasegado?, ¿porque tienen el sistema lógico de preferencias en vacaciones? ¿Cómo puede coexistir en un mismo individuo, en una misma sensibilidad, el gusto por Corín Tellado, por Sterne, Cervantes y Marías? No lo sé, pero, a lo que se ve, se puede. Es decir, una persona no agota su predisposición gustosa en una sola dirección, ni en una sola obra. Por eso me parece muy sugerente hablar y reflexionar por qué nos gusta una obra, la que sea, y por qué nos disgusta otra, la que sea, también. Puede que el gusto sea un prejuicio independiente de toda lógica, pero no de una explicación. Estoy convencido de que, en la medida en que explicamos nuestros gustos, no sólo los educamos, sino que, también, nos hacemos unos lectores más conscientes.



El gusto es un producto cultural y un hábito. Tal como sostiene el enrevesado P. Bourdieu, es una capacidad intuitiva para diferenciar y valorar.<sup>15</sup> Normalmente, el gusto de los demás nos molesta, cuando no coincide con el propio. Es entonces cuando el gusto se tacha de argumento irracional e impune. Espíritus selectos suelen lamentarse de que haya personas que sostengan que todo cuanto no entienden no les gusta y que todo cuanto no les gusta es malo. Olvidan estas ingenuas almas que si la pretensión de muchos escritores es la de gustar al lector, tampoco habría que lamentarse de la utilización del gusto como argumento fundamental en la valoración de las obras. Parodiando a Lichtenberg, diríamos que cuando un libro y un gusto chocan, y suena a hueco, la culpa no es siempre del libro. Pero tampoco lo es siempre del lector.

Es verdad que se dice «sobre gustos no hay nada escrito». Lo cual es falso. Hay mucho, muchísimo escrito. Lo que seguramente pasa es que esa gente que dice eso no ha leído, ni lo escrito sobre gustos, ni sobre nada. Ése es el problema: cuando el gusto se utiliza como arma ideológica de la propia ignorancia, la cual sí es reaccionaria, pero «no degrada al hombre más que cuando va acompañada de riqueza».<sup>16</sup>

En la novela de Flaubert, *Bouvard y Pécuchet*, se lee:

«—¿Y de dónde viene el tacto?

»—Del gusto.

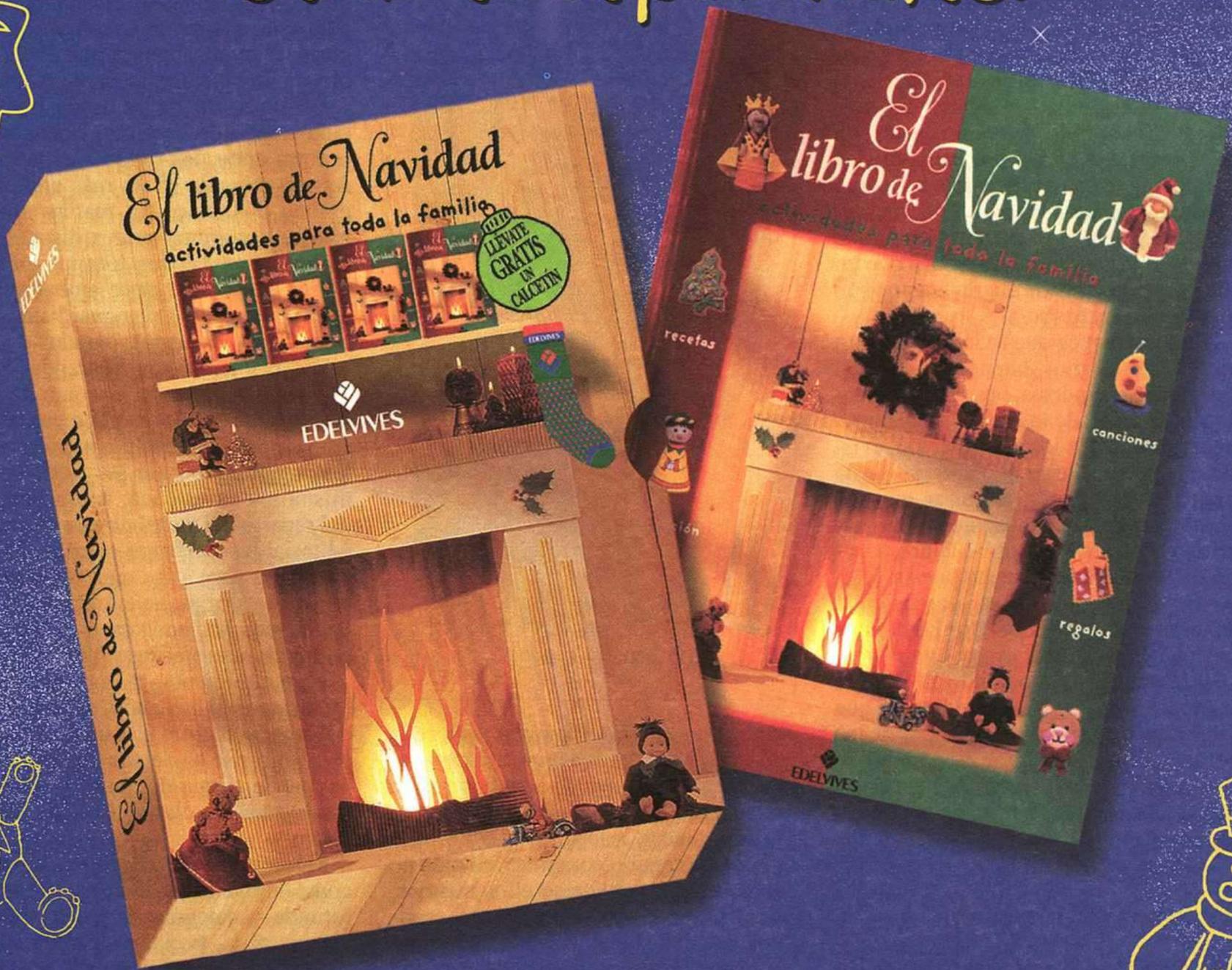
»—¿Qué es entonces el gusto?

»—Se define: una capacidad especial de distinguir, un juicio rápido, la superioridad en reconocer ciertas relaciones. En resumen, el gusto es el gusto, pero cómo se llegue a tener gusto no lo dice nadie».

Bueno, el poeta Brodsky parece haber encontrado un camino: «La manera de desarrollar el buen gusto en literatura es leer poesía [...]. Cuanta más poesía se lee, menos tolerante se vuelve uno ante la verborrea de cualquier clase, ya sea en discursos políticos, filosóficos, en estudios históricos o sociales o en el arte de la ficción. En prosa, el buen estilo es siempre rehén de la precisión, la rapidez y la lacónica intensidad de la dicción poética [...]. La poesía le enseña a la prosa no sólo el valor de cada palabra, sino

# El libro de Navidad

Un libro lleno de ideas para que las fiestas de fin de año sean excepcionales.



Edelvives quiere felicitar la Navidad a todos los niños y niñas, y nada mejor que hacerlo con **El Libro de Navidad.**

Un libro lleno de actividades para toda la familia. Con recetas, canciones, regalos, juegos, decoración y más de 40 actividades...

RECOMIÉNDASELO A TUS ALUMNOS.  
TENDRÁN LA MEJOR NAVIDAD DE SU VIDA.

  
**EDELVIVES**



también los mercuriales esquemas mentales de las especies, las alternativas a la composición lineal, la manera de atinar en la omisión de la propia evidencia, el énfasis en el detalle, la técnica del anticlímax. Sobre todo, la poesía desarrolla en la prosa ese apetito por la metafísica que distingue una obra de arte de lo que son meras *belles-lettres*. La poesía, como dijo Montale, es un arte semántico incurable y las posibilidades de que en ella ocurra un caso de charlatanismo son francamente escasas».<sup>17</sup>

A mí me parece que todo este párrafo precedente es muy bueno por lo bien que coloca a la poesía, pero poco ajustado a la realidad de los hechos que pasan en las páginas de los periódicos y revistas de crítica literaria. Parecerá hasta mentira, pero puedo asegurar que los textos en prosa más pedantes y más asmáticos que he leído los he leído en críticos que reseñan libros de poesía.<sup>18</sup> Algo paradójico, pues, si reparamos en la relación que establece Brodsky entre leer poesía y escribir prosa.

En definitiva y retomando al Calvino de la metáfora: ¿cuál es el elemento que determina los campos magnéticos de los libros? ¿El gusto? ¿La crítica literaria? ¿La historia de la literatura? ¿La universidad? ¿La educación literaria? ¿El mercado?

### Hablemos del mercado

Nadie duda de que la actividad de escribir y de leer se insertan hoy en unas determinadas relaciones de producción, lo que, supuestamente, parece incidir en la consideración de qué cosa sea no sólo el propio escritor, sino la misma literatura que se escribe. El crítico J.A. Juristo suscribía, hace ya unos años, un artículo del que rescato un fragmento lleno de sugerentes generalidades: «Algún día habrá que escribir la historia de la narrativa española de los últimos quince años ateniéndonos a criterios de mercado y cómo esos criterios forjaron un estilo de corte tradicional, conservador en los planteamientos estéticos de los escritores. Creo que esa inflexión, esa ruptura entre un modo vanguardista de narrar y otro conservador se produce a principios de los años ochenta cuando

el mercado interior se amplía y surge lo que se llamó la “nueva narrativa española”. Es entonces, cuando aquellos que no reniegan en buscar nuevas vías de expresión quedan relegados a editoriales de poca solvencia económica, cuando no condenados a publicarse ellos mismos. Mientras, en el otro extremo, los escritores se profesionalizan hasta el punto de repetir fórmulas ya gastadas hasta la saciedad».<sup>19</sup>

El mercado es, ha sido, ¿y lo será?, desde luego, una cosa muy seria, pero mucho tendría que matizar Juristo para demostrar que, estéticamente hablando, los escritores, por mor de ese saturno mercantilista, han rebajado sus exigencias estilísticas. ¿Cómo demostrar que el mercado ha marcado la estética de los escritores en estos quince últimos años? ¿De qué escritores se está hablando aquí? ¿De qué estética? ¿Todos los posibles cambios estilísticos que pudieran observarse en un escritor a lo largo de su andadura literaria se deben, de forma exclusiva y excluyente, a presiones y lobotomías varias exigidas por el mercado? ¿Y todas las presiones del mercado son terribles, apestosas y guarringonas? Se-



860. — 5 fr.

guro que lo serán para el vecino, pero no para uno mismo, que, con absoluta seguridad, se considerará más incorruptible que la tibia de san Tarsicio.

La siguiente hipótesis de investigación tiene que ver con el concepto de ruptura entre dos modos de narrar que Juristo solventa en un más que problemático dualismo, sin matizaciones de ningún tipo: uno, vanguardista; el otro, conservador. ¿No hay término medio, ni mestizaje posible entre ambas modalidades? Ninguno. O vanguardistas o conservadores. O buenos, o malos.

Los primeros, son honrados; los segundos, chaqueteros. Y, como no podía ser de otro modo, siempre es así, los vanguardistas o revolucionarios, radicales o rupturistas, por ser fieles consigo mismos y su estética, se quedan fuera del reparto del pastel porque el mercado editorial les cierra sus puertas. En cambio se las abre a los que, renegando de ser ellos mismos, se entregan a él regaladamente, haciendo caso omiso de sus convicciones estéticas y, ¡horror!, éticas.

Y, naturalmente, todo el que triunfa, literariamente hablando, es porque se ha doblegado al mercado, ha dejado de ser él mismo y se ha dejado engañar por los cantos de sirena del éxito y del dinero fácil. ¿Así de claro, y así de simple? ¡Hum!

Más aún. Viene a decirnos Juristo, no como hipótesis, sino como afirmación rotunda y categórica, que la literatura vanguardista, la que no ha renunciado a sus exigencias estéticas más profundas, ni se ha doblegado a fórmulas narrativas fáciles y decadentes, ¿como las de los *best-seller*?, se ha dado a conocer en este país gracias a editoriales marginales. Si, como digo, se trata de una hipótesis descriptiva, pase. Ahora bien, si estamos ante una afirmación de las que crean cogito y dogma, sería entonces deseable que Juristo aportara algunos nombres y apellidos de estos autores y editoriales, de los que se hace eco tan elogioso.

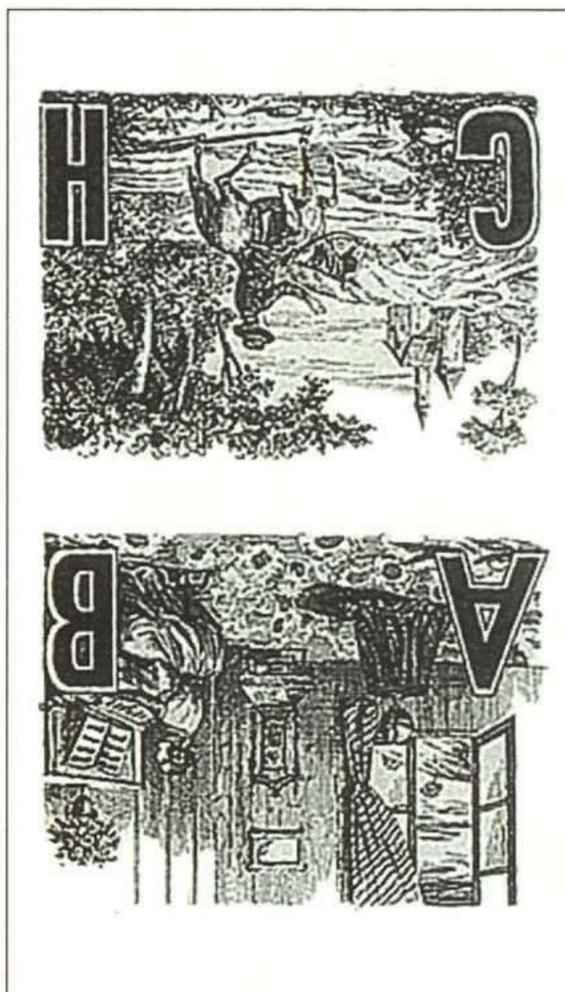
Yo pienso que un escritor no deja de ser quien es por venderse al mejor postor. Ni es mejor ni peor si escribe por dinero o por amor a los aguilucho cenizos en extinción o por desarrollar la solidaridad y el mestizaje entre lo blanco y lo gris. Por mucho que se diga, los escritores intentan escribir de la mejor manera

que saben hacerlo sobre lo que saben y lo que sienten. Y todos desean ser superventas. Que a algunos les salgan relatos horribles y a otros estupendos es propio del talento y del ingenio. Que unos sean unas plumas inquietas y no cesen de publicar —caso del compulsivo Sierra i Fabra—, allá ellos con su genoma narrativo, que ahí estamos los lectores para decir a todos los Sierra i Fabra existentes si lo que escriben es malo o muy malo. ¿Y ello, será culpa del mercado o lo será del propio talento y de la propia concepción que el mismo escritor tiene del *Avecrem* narrativo y crematístico? Además, si no existieran escritores como Sierra i Fabra, ¿cómo íbamos a enjuiciar exactamente a los que consideramos como estupendos narradores y éticas personas?

Dice el crítico Adolfo Torrecilla que «el proceso de creación de una novela consiste sobre todo en la sabia combinación de mitad de cuarto de intriga actual, medio de personajes atrayentes y otra mitad de cuarto de un estilo aseQUIBLE para todos los lectores». <sup>20</sup> Hombre, si esa combinación es *sabia*, seguro que dicha novela tendrá muchas cosas buenas dentro de sus tripas narrativas, ¿no? La verdad es que algunos escritores que presumen de escribir novelas estupendas más lo serían, si sus textos se parecieran sólo un poquito a algunos *best-seller*.

Se afirma que el mercado mata la creación literaria y descafeina el concepto de escritor. Mucho romanticismo veo yo en esta postura un tanto purista y sacralizadora del escritor. Si el mercado se impone en todos los órdenes de la existencia, ¿por qué no ha de hacerlo en el mundo de los libros, cuando éstos, además de instrumentos de aprendizaje y socialización, lo son, también, de consumo?

Se argumenta que lo más importante en la creación es la estética y la calidad literaria. Y se dice que, si ambas se instrumentalizan, el producto será de poca categoría. ¿Qué se quiere indicar con ello, que Vargas Llosa, Merino, Marías, Muñoz Molina todo lo que escriben está exento de las llamadas horribles y pecaminosas del mercado? ¿Qué se quiere indicar, que Gisbert, Fariás, Fernández Paz, López Narváez todo lo que escriben nace de sus fantasmas interiores, de lo que su «fuero interno les estimula y exi-



ge»? Pues con total seguridad que sí. Pero no sé por qué el resto no ha de hacerlo así. Escribir por dinero no es ningún desdoro. El dinero es una de las mejores inspiraciones creativas que se conocen. La musa más exquisita para ciertos escritores es un buen talonario. Un buen cheque tiene en un escritor los mismos efectos de ensalivamiento creativo que los estímulos conductistas en los perros de Pavlov. Miguel Delibes, en un detalle que le honra, confesaba recientemente que en una época escribió «cuentos porque solían pagarlos a fin de mes: yo tenía siete hijos y había de cubrir sus necesidades más perentorias. Cuando pude aguantar las liquidaciones de un semestre sin grandes traumas, se acabaron los cuentos. Así de prosaico» (*Abc Cultural*, 24-IX-1998, nº 356).

Yo no conozco a ningún escritor que escriba sobre aquello que no le estimula y le exige. Los temas que elige siempre tienen que ver con uno. Y, ciertamente, resulta muy difícil aclarar qué tanto por ciento del éxito de una novela pertenece al talento del escritor y al marketing publicitario. Si los escritores acaban por valorarse y autovalorarse en cuanto pro-

ductores de mercancía por el destino que alcanzan en el mercado, por el éxito comercial y por el número de ventas, razones objetivas tendrán para ello y razones subjetivas a manta, también, para dudar de que sean tan buenos o tan malos escritores. El mercado, como homologador de la particularidad estética, no es de fiar. ¿Y? ¿Existe alguna instancia mediática que lo sea? ¿Cuál?

La situación no es nueva. El escritor siempre ha estado presionado por el entorno, sea religioso, político y económico. Es innegable que la presión del mercado agrieta la imagen del escritor como ser aislado, independiente, ajeno, neutro. El escritor es uno más en el circuito de la producción. Ellos mismos con sus apariciones en prensa, radio y televisión contribuyen a fortalecer el actual marketing publicitario y, como efecto bumerán, la misma imagen del escritor. La mayoría de los escritores ponen a caldo dicho marketing mediático, pero todos pierden el culo por salir en él.

Ya Balzac decía: «Es innoble, pero yo vivo de este oficio; ¡yo igual que otros cien! Pero no crea usted al mundo político mucho más bello que el mundo literario; todo, en uno y otro mundo, es corrupción y todos allí son o corruptores o corrompidos. [...] Así que una crítica que se hace para que la conteste en otro sitio vale más y se paga más caro que un elogio a secas, sin pensar en el día siguiente. La polémica, querido amigo, es el pedestal de las celebridades. En este oficio de espadachín de las ideas y las reputaciones industriales, literarias y dramáticas, gano ciento cincuenta escudos al mes, puedo vender una novela en quinientos francos y empiezo a tener fama de hombre temible [...]. Fuera del mundo literario no hay una sola persona que conozca la horrible odisea con que se llega a lo que hay que llamar, según los talentos, la fama, la moda, la reputación, el renombre, la celebridad, el favor del público [...]. La austeridad de su conciencia, hoy pura, se doblará ante aquellos en cuyas manos vea usted su éxito». <sup>21</sup>

Un escritor de éxito puede ser un buen escritor y, también, aunque raramente, un pésimo escritor. Y, por supuesto, caben todas las combinaciones posibles entre éxito/no éxito y bondad/maldad



novelesca. Se dice que el mercado desvirtúa la búsqueda literaria y que parece peligrosa la dinámica editorial de confundir éxito y ventas. No sé, pero tan peligroso, o peor que eso, puede ser la postura contraria: considerar que lo que no se vende, lo que se enmascara en la dificultad extrema, sea lo bueno, lo exquisito. O declarar que el grado de excelencia de una obra de arte es inversamente proporcional al número de disfrutadores. Paparruchas.<sup>22</sup>

Si los lectores no somos clónicos, los escritores, tampoco lo son. El hecho de que existan novelas mediocres ni está bien, ni mal. Paulhan dijo que la literatura se dividía en dos, la buena, que nadie lee, y la mala, que lee todo el mundo. El *Quijote* fue un éxito de ventas desde el momento mismo de su publicación y Shakespeare fue subestimado en la Europa del siglo XVIII que, para más cachondeo, era el de la luces.

Las *novelas malas* forman parte necesaria del paisaje literario y mercantil. Si todos los escritores fueran genios, sería una lata. Y es posible que existan muchos libros innecesarios. Pero innecesarios, ¿para quiénes? Tendemos a valorar y a menospreciar las lecturas de los demás en relación directa con las pro-

pias. Las lecturas y, desgraciadamente, a esos mismos lectores, a los que, si te descuidas, hasta les perdonamos la vida si leen *best-seller*, en lugar de leer a Saramago, Camus o Macedonio Fernández. Pero, ¿acaso no es García Márquez todo él un *best-seller*?

Ya he dicho alguna vez que los niveles de lectura se mantienen en este país gracias a libros mediocres, *best-seller* y cosas de éstas, con historias atractivas y argumentos fulgurantes, lenguaje sencillo y directo. Para decirlo con plasticidad: Vázquez Figueroa y Crichton hacen más por mantener los índices lectores de este país que todos los Cela, Gala y Marías juntos. Y, en fin, si la cuestión es leer, como se suele decir, ¿qué más da que el vecino lea a Joyce, a Mann, a Hrabal o a Marcial Lafuente Estefanía? Seguro que sus vidas van a seguir igual de lineales a como son las nuestras, a pesar de, o gracias a, haber leído a Kafka, Faulkner, Tolkien y Nabokov. Lo importante es que leamos, porque mientras lo hacemos, nuestras vidas y las de nuestros vecinos no corren peligro alguno. Y, en fin, quien vea en estas líneas un canto a la mediocridad como una virtud excelente, es que no se ha enterado de nada de lo que vengo escribiendo.

Si uno aspira a ser un escritor mediocre con éxito, seguro que no lo tiene nada fácil, habida cuenta de la competencia que abunda por estos lares. La mediocridad no es finalidad que busque nadie para sí mismo. «La mediocridad, como decía Pla, tiene el mismo gusto y el mismo color del café con leche».<sup>23</sup> Es decir, la mediocridad, con leche o sin ella, es el estado beatífico en el que nos encontramos la mayoría de los mortales, seamos lectores de genios o escribidores de folletín.

El ya citado Brodsky señalaba que «[...] para escribir un buen libro, un autor debe leer mucha bazofia, pues de otra manera no sería capaz de desarrollar los necesarios criterios. En eso se resume lo que podría ser quizá la mejor defensa de la mala literatura en el Juicio Final».<sup>24</sup> Y Virginia Woolf añadía: «Nada me duele más que el desdén con que trata la gente a los autores secundarios, como si sólo los de primera cupiesen en el mundo».<sup>25</sup>

Muy pocas veces sabremos cuál es el destino o la utilidad bondadosa de los buenos y de los malos libros, pero seguro que sus caminos se entrecruzan en nuestras vidas en más de una ocasión, seamos lectores o escritores, o ambas cosas a la vez. Por eso resulta injusto catalogar negativamente un libro o un artículo cuando, gracias a ellos, logramos inspirarnos para escribir una contraréplica o imaginar un mundo novelesco distinto. Catalogar de mediocre o malo un artículo o un libro, gracias a los cuales llegamos a ser más conscientes de lo que somos y pensamos sobre determinados aspectos de nuestra interioridad, es propio de espíritus mezquinos y desagradecidos. Y, ¿quién tendrá la culpa de ello? ¿El gusto, el mercado o el poder magnetizador de ciertos tópicos y prejuicios? ¿O será el café con leche?<sup>26</sup> ■

\*Victor Moreno es profesor y escritor.

#### Notas

1. En realidad, solamente desarrolló cinco: levedad, rapidez, exactitud, visibilidad, multiplicidad y la sexta, coherencia o consistencia, se quedó en mero enunciado: *Seis propuestas para el próximo milenio*, Madrid: Siruela, 1989. Con prólogo de Esther Calvino y traducción de Aurora Bernárdez.

2. *Punto y aparte. Ensayo sobre literatura y sociedad*, traducción de Gabriela Sánchez Ferlosio,



¿Qué es un agujero negro?



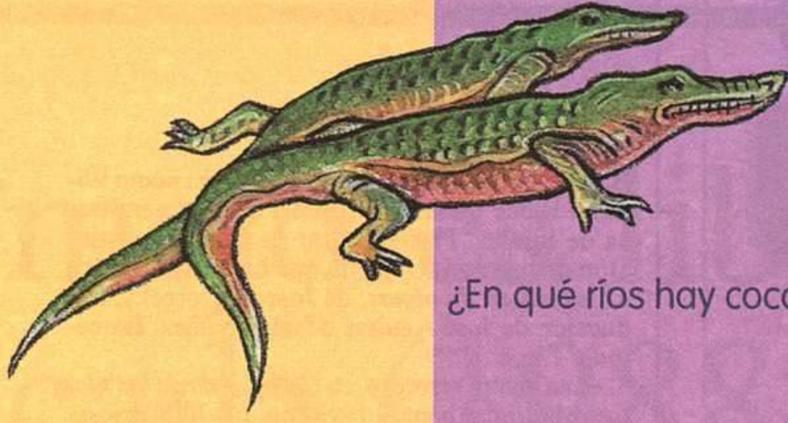
¿Por qué tienen tantos colores las mariposas?



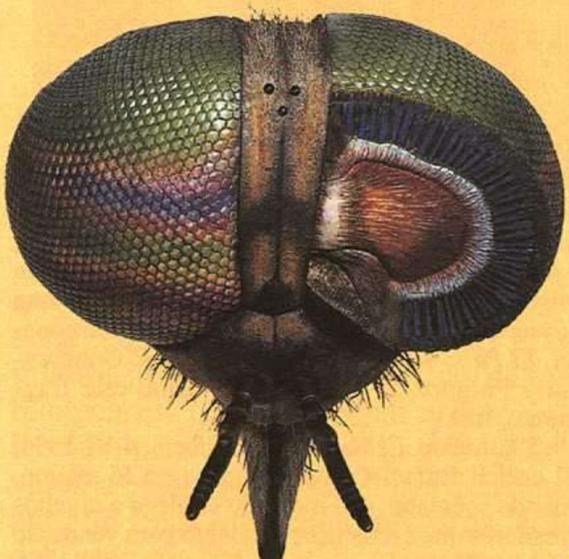
¿Cómo matan las serpientes?



¿Qué es una capitular?



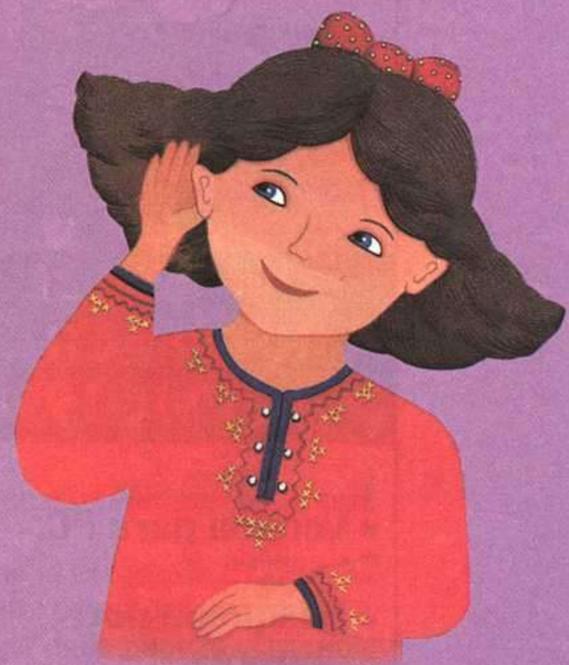
¿En qué ríos hay cocodrilos?



¿Por qué tienen las moscas ojos saltones?



¿Cómo nació la tierra?



¿Para qué sirve el oído?

# ¿TE PREGUNTA POR TODO?

- Agujeros Negros
- Big Bang
- Biblioteca Tridimensional
- 10 Principales
- Mundo Maravilloso
- Por Qué
- Mundo Azul
- Biblioteca Interactiva



Joaquín Turina, 39. 28044 Madrid. Teléf. 91 422 89 45

## LIBROS PARA SABER MÁS

# 10 años de CLIJ



## ÍNDICE INFORMATIZADO (1988-1998)

- Versión para PC.
- Búsqueda por:
  - Autores**
  - Ilustradores**
  - Títulos**
  - Materias (más de 250 descriptores)**
  - Epígrafes (secciones de la revista)**
- Más de 4.000 libros reseñados, clasificados por edades y materias.
- Más de 1.000 artículos de estudio e investigación sobre literatura infantil, el libro y la lectura.

P.V.P.: 3.500 ptas. (incluidos gastos de envío)

Precio para suscriptores: 3.000 ptas

**A LA VENTA  
EL 1 DE ENERO DE 1999**

Barcelona: Bruguera, 1983, p. 371. El poeta William Blake también afirmaba que «generalizar es de idiotas. Particularizar es la única distinción de mérito». Una cita que he encontrado en *El ingeniero de almas*, de Josef Skvorecky, traducción de José Aguirre e Isabel Núñez, Barcelona: Circe, 1989.

3. «Los cuatro errores», en *Crepúsculo de los ídolos*, Madrid: Alianza, 1993, pp. 61-70. Curiosamente, el mismo Confucio se expresaba en parecidos términos que el filósofo alemán: «Para perfeccionar nuestros conocimientos morales es preciso profundizar en los móviles de las acciones. Si intentamos reducir nuestra investigación al conocimiento y análisis de los motivos, es fácil que nuestro espíritu se vea turbado constantemente por dudas e incertidumbres, pero si nuestra investigación parte de las acciones hasta llegar al conocimiento de sus móviles, entonces estaremos en el camino que nos conducirá al descubrimiento de la verdad» (*Los cuatro libros canónicos*, Barcelona: Biblioteca de Bolsillo, 1997, pp. 18-19).

4. *Ortodoxia*, Barcelona: Alta Fulla, 1998. Una opinión bastante próxima a la que sostenía Flaubert: «El pensar en sí mismo es lo que resulta insoportable» (*Razones y Osadías*, Barcelona: Edhasa, 1997). En cuanto a las relaciones entre lectura y lector, Chesterton decía: «Los libros y las baladas hablan del bravo capaz de matar a un hombre o de arrojarse en los abismos del opio, mas incapaz de incurrir en falacia, cobardía, ni cosa alguna mezquina. Pero los seres humanos, como en en realidad son, sólo sienten ocasionalmente la tentación de matar; la tentación permanente de los seres humanos es la de ser bajos y mezquinos».

5. T. Bernhard, *Tala*, Madrid: Alianza, 1988.

6. *El libro de Jim Valor*, traducción de Ana María Moix, Barcelona: Circe, 1988.

7. Véase R. Miquel i Planas, *El librero asesino de Barcelona*, edición de Josep Sarret, Barcelona: Montesinos, 1991.

8. *Parábolas, aforismos y comparaciones*, Barcelona: Edhasa, 1995, p. 62.

9. Gonzalo Torrente Ballester, *Cotufas en el Golfo*, Barcelona: Destino, 1986.

10. Juan Benet, *La inspiración y el estilo*, Barcelona: Seix-Barral, 1965, pp. 18-19.

11. *Las semanas del jardín*, Madrid: Alianza Tres, p. 17.

12. Ídem., p. 18.

13. *El País*, «Libros», 21-V-1989.

14. *El País*, «La agonía de la novela», 22-VII-1998.

15. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid: Taurus, 1988.

16. Schopenhauer, *Escritos literarios*, Madrid: Lipari, 1995, p. 53.

17. *Diario 16*, «Culturas», nº 170, 16-VII-1988.

Para un desarrollo más detallado de este asunto, véase de Brodsky, *La canción del péndulo*, Barcelona: Versal, 1988.

18. Un buen ejemplo de crítica transparente y exacta a un libro de poemas podría ser la siguiente: «Los restantes libros concentrados en la antología son realización progresivamente afilada y fulgente de la experiencia vinculada al orden existencial llevada a su función con la experiencia de los límites [...] Lo que me gustaría poner en grado de evidencia es que, en Valente, insisto, la coherencia consiste en atravesar la



historia hasta la contemplación de unos límites, y que ante éstos, sus pronunciamientos en la mística son también existencia. Existencia que advierte de la inexistencia» (Antonio Gamoneda, *El País*, «Babelia», «Mis lecturas: Coherencia y Fulgor», 27-VI-1998). Y como este fragmento, mil.

19. J.A. Juristo, *El Mundo*, «La Esfera», 4-VI-1994. El crítico Rafael Conte abundaba en lo mismo, cuando señalaba: «El mercado doblaga a muchos creadores que esclavizan su talento para vender lo más posible». (*Insula*, septiembre de 1990). Reproche que el editor Jorge Herralde recibía con estas palabras: «Y encima a algunos críticos les enfurece el fenómeno del best-seller de calidad» (*El Urogallo*, septiembre/octubre, 1993).

20. Torrecilla, A. «La tiranía del marketing literario», *Alacena*, nº 30, primavera, 1998.

21. Honoré de Balzac, *Ilusiones perdidas*, traducción de Rafael Cansinos Assens, Madrid: Aguilar, 1972.

22. Véase a este respecto *Exito de ventas y calidad literaria. Incursiones en las teorías y prácticas del best-seller*, José Manuel López de Abiada y José Peñate Rivero, editores, Madrid: Verbum, 1997.

23. *El cuaderno gris*, Barcelona: Destino, 1994, p. 409.

24. «Culturas», nº 170, 16-VII-1988, *Diario 16*.

25. Cita tomada de Pedro Salinas, *El defensor*, «Defensa de la lectura», p. 161, Madrid: Alianza Tres, 1986.

26. Queda como consuelo apelar a la conmiseración del tiempo, comodín recurrente de la impotencia. En este sentido, la observación de Ricardo Senabre resulta ser un lugar común en la crítica literaria: «Al final, el tiempo acaba poniendo las cosas en su sitio, y los libros más valiosos van a parar a las bibliotecas, frente a todos aquellos, tal vez, más vendidos, que no lograron pasar de una efímera gloria en el mercado» (*Abc*, «La biblioteca y el mercado», 3-VI-1998).